

Hacia una estética poliglósica de constructos heteroglósicos: literatura comparada e interculturalidad

Cristina Garrigós González
Universidad de León
dfmcgg@unileon.es

Abstract

The definition of what comparative literature is remains, after many years of discussion, an unsolved problem, more urgent than ever in a time of multiculturalism, (post)colonialism, (post)ethnicity and the rise of cultural studies. In this paradoxical condition, the apparently inevitable globalization of all knowledge clashes with the focus on the local and arguments of essential values collide with the decentralization of any unified system. Faced with this situation, the scholar who practices a comparative approach is torn out between the origins of the discipline, with its focus on the Western canon, more often as the result of an experience of exile, and the urge to popularise and open up the field. Thus, this paper explores the most recent discussions around this debate. Aware of the impossibility of fencing in the many and diverse elements that conform the field, these pages will try to expose the present state of affairs in the study of comparative literature.

Definir la literatura comparada ha sido, desde sus inicios, una de las preocupaciones centrales de la mayoría de sus practicantes, hasta el punto que el debate sobre la naturaleza de la disciplina ha generado una teoría *per se*, aunque uno de estos críticos haya declarado que “Comparative Literature does not exist outside of its practice” (Medeiros 1997, 155). Parece, sin embargo, que la reflexión sobre lo que es la literatura comparada, si bien, una quimera *a priori*, es hoy más necesaria que nunca, pues vivimos, en los albores de un nuevo siglo, un tiempo en el que las fronteras nacionales, culturales y de todo tipo son cada vez más porosas, lo que implica una transformación creciente de las sociedades actuales, que reflejan nuevas combinaciones lingüísticas y culturales. A ello se refiere el título de este trabajo, que proviene del ensayo de Djelal Kadir “Comparative Literature, the Transnational, and the Global”. En opinión de Kadir,

At the threshold of the twenty-first century, Comparative Literature can no longer just contend with nearly definable hemispheres. Comparative Literature must now countenance the flux and reflux of spherical entanglements, global and globalizing formations, polyglossic aesthetics and heteroglossic constructs, radically enmeshed textualities and historical contexts, in relation to all of which the comparative itself can no longer remain disengaged as *tertium quid* or as *tertium comparationis*. (2001, 28)

La idea que asociaba el ejercicio de la literatura comparada con la comparación de dos autores, dos culturas, dos lenguas, dos literaturas, permaneciendo así la comparación en un tercer plano abstracto, parece haber quedado superada, al plantearse ahora conceptos novedosos como multiculturalismo, globalización o interculturalidad. En este sentido, si

la literatura comparada fue fundada en Estados Unidos como disciplina universitaria por la elite intelectual europea exiliada durante la Segunda Guerra Mundial, parece innegable que el enfoque europeísta ha cambiado radicalmente para ser sustituido por el interés por otras literaturas y otras culturas de regiones y grupos tradicionalmente alienados del canon. Todo ello ha provocado, como señala Francesca Neri, que la comparación no se oriente hacia el contraste entre textos, autores o movimientos, “sino más bien a la confrontación de distintos sistemas críticos y de valoración, distintos criterios de clasificación y terminologías” (en Gnisci 2002, 434). Ello se debe a que la comparación siempre se ha establecido entre sistemas culturales diversos, mientras que hoy en día no se persigue obtener una perspectiva universalizadora, es decir, homogénea, sino la riqueza de la pluralidad.

Se ha sustituido, en este sentido, la tradicional visión universalizadora (es decir, europeísta) por la pluralidad multicultural. La noción de Goethe de *weltliteratur*, una idea canónica que consideraba exclusivamente el mundo occidental, ha sido reemplazada por la de globalización o mundialización. En palabras de Kadir, la disciplina en la actualidad debe concentrarse en otro canon diferente, definido por una “estética poliglósica” de “constructos heteroglósicos”. Es decir, si bien seguimos reconociendo cierto valor estético que confiere a una obra el estatus de objeto de arte, la estética ya no se considera como algo monolítico e inmutable. La pluralidad y diversidad de lenguas que implican los prefijos poli- y hetero- se nos presentan como señas de identidad de la nueva sociedad en la que vivimos. La diferencia se convierte así en tierra fértil para la literatura comparada, que ya no debe enfrentarse a una estética unitaria, lo canónico, el ideal de arte occidental, sino a manifestaciones estéticas y constructos de diversos orígenes y tradiciones, es decir, artificios culturales de la más variada procedencia. En este panorama multicultural que caracteriza a las sociedades contemporáneas, el crítico literario se encuentra, incluso en los casos más tradicionales y específicos, abocado a la necesidad de ampliar su espectro cultural; porque, ¿cómo se puede hoy en día hablar de literatura norteamericana, por ejemplo, e ignorar las diferentes estéticas que se producen en las manifestaciones, digamos, afro-americanas, chicanas, nativo-americanas o asiático-americanas, por nombrar algunas de las minorías más relevantes en los Estados Unidos? El reconocimiento de las diversas tradiciones y de aspectos tales como las variedades lingüísticas, entre otros, convierten al americanista más genuino en comparatista. Tal como Siebers afirma: “Comparatists are losing their identity in the university because everyone is becoming a comparatist of a kind” (1995, 196). Pero, si el comparatismo es inevitable en la sociedad global y multicultural en la que vivimos, ¿cuál es exactamente la labor de los estudiosos de la literatura comparada ante esta situación?

En primer lugar, es preciso tener en cuenta que globalización y multiculturalismo no son sinónimos. De hecho, son más bien antónimos, pues si la multiculturalidad nos habla de variedad de culturas que coexisten de manera más o menos regulada, globalización indica homogeneidad. En este sentido es relevante analizar el papel de los estudios de literatura comparada en esta tesitura y quizás preguntarnos con Kadir: “How, in other words, are comparable particularities to be articulated when they are already rendered undifferentiable within the sphere and uniform space of the global?”¹ Esto, en principio, supondría un problema grave para la literatura comparada, pues si todo es homogéneo, si todas las culturas son indiferenciables, ¿cuál es la razón de ser de la comparabilidad? La solución que propone Kadir no deja de ser cuanto menos original. De acuerdo con él, en una época en la que la identidad esencial y los nacionalismos y localismos han demostrado su inadecuación, la comparación no puede ser sino condicional. Kadir propone reconocer la

condicionalidad como atributo propio de la literatura comparada. Es decir, teniendo en cuenta la fluctuación y movilidad de los campos de estudio, la crítica literaria no debe, ni puede, establecer criterios unívocos e inmutables de investigación. Al contrario, ésta debe dirigirse multilateralmente tanto al objeto de crítica como al propio sujeto investigador y a los medios que se emplean. Con ello, se lograría mantener a la disciplina en alerta constante para evitar el anquilosamiento y la pervivencia de ideologías que puedan resultar totalizadoras. En principio, esta es una empresa loable, aunque plantea un interrogante y una gran ambigüedad, pues, si bien la definición de lo que es literatura comparada ha sido, desde sus comienzos, y, como lo reconoce el propio Kadir, una aporía retórica, el cuestionamiento *sine die* no ya de las herramientas metodológicas, sino de los propios centros de interés de la disciplina, no puede devenir sino en un socavamiento innecesario y posiblemente perjudicial que—siguiendo con la referencia que hace Kadir a Jorge Luis Borges—nos conduciría al eterno errar en un laberinto sin salida.

Uno de los problemas más acuciantes con el que nos encontramos a la hora de analizar el presente y adivinar el futuro de la literatura comparada es que la discusión sobre la situación de la disciplina en las universidades americanas parece dominar el debate y, por lo tanto, si tachamos a las antiguas prácticas de literatura comparada de europeístas, ahora la situación se ha vuelto más bien la contraria, pues parece que el futuro de la disciplina depende de Estados Unidos y de su creciente diversidad étnica. En este sentido, una obra de cita obligada en toda reflexión sobre el estado actual de la literatura comparada es el volumen de Charles Bernheimer *Comparative Literature in the Age of Multiculturalism* (1995). Esta edición incluye tres informes anteriores de la Asociación Americana de Literatura Comparada: el Informe Levin (1965), el Informe Greene (1975), el informe Bernheimer (1993) y tres respuestas al informe Bernheimer en la Asamblea de 1993 (de K. Anthony Appiah, Mary Louise Pratt y Michel Riffaterre), además de una interesante colección de artículos de prestigiosos comparatistas, que van desde Peter Brooks a Jonathan Culler, Marjorie Perloff o Mary Russo. El volumen nos permite así ver la evolución que ha tenido el debate sobre la literatura comparada en los últimos años en Estados Unidos y, posiblemente, perfilar cuáles van a ser los pasos a seguir en el futuro.

Cuatro son los ejes principales que, a modo de puntos cardinales, articulan las diferentes respuestas que se proponen en el volumen de Bernheimer: la perspectiva eurocentrista o multicultural, el uso de traducciones, la importancia de la teoría literaria, y la relación de los estudios literarios con los estudios culturales. Dejando aparte la cuestión del uso legítimo o no de textos traducidos como materia de investigación, que considero secundaria, el presente artículo tratará de abordar los demás puntos desde una perspectiva ulterior, pues han transcurrido ya casi diez años desde que se publicó esta obra.

A grandes rasgos, el volumen es un diálogo entre comparatistas de distintas generaciones lo cual lo convierte, como indica Paulo Medeiros en su reseña del libro, en una obra abierta que no pretende llegar a ningún consenso. La obra de Bernheimer señala, desde luego, un punto de inflexión fundamental en la teoría de la literatura comparada, pues repasa y actualiza el debate sobre ésta. Además, al tratar de comprender hacia dónde va la disciplina en las universidades americanas, se está, al mismo tiempo, teorizando sobre los cambios de esta sociedad y la inevitable repercusión de estos cambios en las estructuras culturales y, por ende, académicas. En este sentido, se reconoce implícita y explícitamente que la definición y delimitación de los márgenes de la literatura comparada están ligadas, desde siempre, a situaciones ideológicas y económicas que han influido y hasta cierto punto determinado las

políticas universitarias. Ello ha repercutido automáticamente en la elaboración del canon, una decisión más o menos tácita y/o consensuada, pero siempre basada en motivos históricos y criterios ideológicos. En este sentido, son numerosas las voces que disienten en cuanto al papel que en el futuro debe tener la literatura comparada: desde la posición idealista de Mary Louise Pratt, que la considera: “an especially hospitable space for the cultivation of multilingualism, polyglossia, the arts of cultural mediation, deep intercultural understanding, and genuinely global consciousness” (1995, 62), hasta el propio Charles Bernheimer, que afirma:

The space of comparison today involves comparisons between artistic productions usually studied by different disciplines . . . between Western cultural traditions, both high and popular, and those of non-Western cultures; between pre- and postcontact cultural productions of colonized peoples; between gender constructions defined as feminine and those defined as masculine, or between sexual orientations defined as straight and those defined as gay; between racial and ethnic modes of signifying; between hermeneutic articulations of meaning and materialist analysis of its modes of production and circulation; and much more. These ways of contextualizing literature in the expanded fields of discourse, culture, ideology, race and gender are so different from the old models of literary study according to authors, nations, periods and genres that the term ‘literature’ may no longer describe our object of study. (1995, 41-42)

Efectivamente, el término “literatura” resulta limitado e insuficiente para abarcar todo aquello que hoy en día parece interesar en la disciplina: desde los estudios culturales, a la teoría literaria, la filosofía, la historia, los estudios de género, etc. Es decir, hemos pasado del estudio exclusivo e intensivo del texto al estudio del contexto, en el que se privilegia un enfoque más concreto y menos abstracto que en épocas anteriores, ya que, sobre todo en los años setenta y ochenta, con la popularidad de la deconstrucción, se consideraba el texto literario como entidad autónoma, separado de la realidad circundante. Por ello ahora, con el multiculturalismo, el papel del comparatista ha cambiado. Si teorías como la nueva crítica o la deconstrucción situaban al investigador en un nivel de abstracción por el que se evitaba su excesiva implicación personal, ahora se busca la implicación personal y subjetiva en la crítica del texto. Según Bernheimer: “The comparatist in the age of multiculturalism reads herself or himself as a site of contradiction and contamination, distrusts all guides that offer to decode the exotic other, and refuses to become a detached observer exercising a free-floating, disengaged intelligence” (1995, 13). La repercusión de las teorías deconstructivistas y de los estudios postcoloniales ha sido en este sentido fundamental, pues las palabras de Bernheimer no se entienden sin este referente. Ciertamente, el comparatista ahora duda de todo lo aprendido, no da nada por supuesto, y entiende su función intelectual como una función ideológica, necesariamente contaminada por su contexto social y cultural. En la actualidad, cualquier concepto es puesto en duda, deconstruido, lo que no nos exime, paradójicamente, de la necesidad de utilizar conceptos.

El enorme impacto de las teorías postestructuralistas ha provocado que nos encontremos en un punto del panorama crítico en el que hemos perdido la ‘inocencia’. Se ha demostrado la fragilidad de conceptos tan afianzados como ‘arte’ o ‘cultura’, y por tanto, la tierra firme en la que nos encontrábamos, en el sentido de la *weltliteratur* de la que hablaba Goethe, se ha convertido ahora en arenales movedizos en los que es difícil moverse con pie firme. Sin embargo, si bien las teorías postmodernas y postcoloniales han minado consistentemente nuestro sentido de la realidad, también es

preciso reconocer que han aportado matices riquísimos al debate. El concepto derridiano de ‘différance’, los estudios de Foucault sobre el poder del lenguaje, el tercer espacio del que nos habla Bhabha, o la noción del rizoma de Deleuze y Guattari son, entre otros, conceptos fundamentales que han determinado la dirección de los estudios comparados. Son, además, conceptos ineludibles, se esté o no de acuerdo con ellos, pues resulta imposible hoy en día hacer crítica literaria o cultural sin tener en cuenta estos referentes.

Del mismo modo, uno de los efectos del tremendo impacto de las teorías postestructuralistas y postcoloniales es que, como señala Linda Hutcheon, ya no son sólo las áreas de literatura comparada o teoría de la literatura las que tienen la exclusiva de la teoría literaria. Al contrario, ahora la teoría demuestra ser imprescindible en cualquier estudio literario o cultural. En este sentido, en el volumen de Bernheimer las posiciones sobre la importancia de la teoría con relación a la razón de ser de la literatura comparada son divergentes. Así, por ejemplo, Elizabeth Fox-Genovese piensa que sería “difficult to imagine comparative literature without theory, not least since the mere posing of the comparative problem is inherently theoretical” (1995, 139).

Es evidente que si tenemos en cuenta términos como ‘intertextualidad’, tan omnipresentes en la crítica literaria actual, y entendiendo éste no como técnica narrativa sino como modo literario según el cual los textos se relacionan necesariamente con otros textos, entonces la literatura comparada, concebida no como comparación, sino como relaciones entre textos, se convierte en sinónima de intertextualidad. Y así, no es de extrañar que la mayoría de los teóricos que han trabajado en teoría de la intertextualidad sean conocidos comparatistas, desde Julia Kristeva, que acuñó el término, hasta Michel Riffaterre o Jonathan Culler. Sin embargo, Culler entiende la intertextualidad como fenómeno exclusivo o dependiente de un contexto cultural determinado, subrayando la dificultad intrínseca de que textos de culturas diferentes se relacionen entre sí. Para este crítico,

The meaning of a text depends on its relation to others *within a cultural space*, such as that of West European culture, which is in part why comparative literature has been so much inclined to remain Western and European in its focus. The more sophisticated one’s understanding of discourse, *the harder it is to compare Western and non-Western texts, for each depends for its meaning and identity on its place within a discursive system*—disparate systems that seem to make the putative comparability of texts either illusory or, at the very least, misleading. (Culler 1995, 270; énfasis mío)

El problema que surge ante esta afirmación es que el “discursive system” al que se refiere Culler resulta cada vez más complejo en las sociedades contemporáneas. Es difícil, en una sociedad con la pluralidad étnica actual, pensar que los diferentes códigos no interactúan y negar que dichos contactos producen lo que se viene denominando últimamente en teoría postcolonial ‘hibridación’. La cita de Culler deja entrever una serie de prejuicios que todavía están vigentes en la crítica literaria, como, por ejemplo, la creencia en un significado único y en una identidad esencial. Cuando Culler habla en estos términos se hace patente la certidumbre implícita de que el entendimiento de un texto de otra cultura es imposible. A ello se refiere también Jürgen Habermas, aunque en términos muy distintos, cuando habla del eurocentrismo y de la hegemonía de la cultura occidental, para afirmar que “the historical relationship between the Occident and the Orient, and especially the relationship of the First to the former Third World, continues to bear the marks of a denial of recognition” (1994, 119).

Es cierto que nos encontramos viviendo una época de contactos interculturales y de ‘contaminación’ en el sentido de intercambio, pero también es cierto que existe todavía mucho recelo a compartir parcelas de conocimiento con el otro. Sobre todo, cuando se desconoce a ese otro y, como dice Habermas, no se le quiere conocer. Sin embargo, es indiscutible que en el espíritu mismo de la literatura comparada está la discusión, el debate, o lo que Homi Bhabha denomina “critical comparativism” que, en su opinión, debe ser: “a form of cultural dissensus and alterity where non-consensual terms of affiliation may be established on the grounds of historical trauma” (1994 12). Este principio de afiliación, o de entendimiento, es fundamental para que la literatura comparada se convierta en lugar de encuentro y de diálogo, por encima de divergencias políticas, históricas o culturales. En la cita de arriba, Culler negaba la posibilidad de comparación real entre textos de diversas experiencias contextuales y en este sentido hablaba del significado del texto como algo único y monolítico, que sólo se puede apreciar cuando el texto y el lector comparten los mismos códigos. Esta preocupación no es exclusiva de Culler. Kathleen Komar coincide con él en afirmar la dificultad de examinar obras pertenecientes a otras culturas sin hacerlo desde nuestra propia perspectiva, creando así, por tanto, una jerarquía en la que la visión occidental todavía ocuparía el lugar dominante. Dice Komar :

In an era when so many peoples have been colonized or culturally subjugated (both within our own country and in the world at large) we are faced with the question of whether it is possible to compare literary and cultural phenomena without creating hierarchy or privileging one side of the comparison. And in a broad global context, we must consider the now familiar theoretical problem of whether some literary and cultural phenomena so completely differ from the Eurocentric underpinnings of so much of our curriculum that any comparison at all becomes distortion. How can we create a comparative practice that escapes the binary in order to be truly multidimensional and ‘multicultural!’. (1995, 290)

Evidentemente, cada vez que un crítico, no importa su procedencia, aborda el estudio de una literatura o de una cultura que le es ajena, lo hace empleando un discurso propio, pues desconoce otro. Pero, ¿significa esto que sea una forma de neocolonialismo como han apuntado algunos? Un ejemplo claro lo encontramos en el uso del término ‘postmodernista’, de origen angloamericano, para referirnos a la literatura latinoamericana. Para algunos críticos, esto es un ejemplo de colonización de la crítica norteamericana que quiere imponer su discurso, y argumentan en contra de ello que no se pueden medir con los mismos parámetros las dos tradiciones literarias, pues no se puede hablar de postmodernidad en unos países que no han vivido la modernidad. Esta posición es defendida por teóricos como Fredric Jameson, uno de los más acerbos detractores del postmodernismo, que opina que no se pueden comparar las literaturas del primer mundo con las del tercero y que, por tanto, utilizar este tipo de lenguaje para clasificarlas es sólo una forma más de apropiación.

El problema, tal y como lo han contemplado la mayoría de los críticos, sigue estando tanto en el uso del término ‘comparar’ como en el de ‘literatura’ y, sobre todo, en el hecho de que cuando se habla de la problemática de la literatura comparada, el debate se circunscribe casi exclusivamente a los Estados Unidos. Si consideramos el volumen de Bernheimer como punto de partida de una discusión sobre el futuro de la literatura comparada, parece claro que el futuro de esta disciplina en el mundo dependerá de los departamentos americanos, teniendo en cuenta que los tres informes que se toman como punto de partida son los de la Asociación Americana de Literatura

Comparada. Sin embargo, a pesar de que el debate sobre lo que es en la actualidad y debe ser en el futuro la literatura comparada se desarrolla en este ámbito, sería conveniente ver qué es lo que dicen sobre el tema algunos expertos cuya experiencia resulte ajena a la de las universidades americanas.

Eva Kushner, en su artículo “¿Hacia una tipología de los estudios de literatura comparada?” presentado en el XII Congreso de ICLA (International Comparative Literature Association) en 1995, desde una posición optimista, considera que la literatura en la aldea global ofrece modelos estéticos y culturales sin precedentes, que hacen que se pueda acceder a lo universal a partir de la individualidad (1998, 187). Kushner distingue una tipología tripartita de enfoques con los que los investigadores pueden acercarse a los textos, que ella misma reconoce se asemeja a la división que establece Claudio Guillén de tipos de supranacionalidad: relaciones literarias internacionales que pueden ser estudiadas genéticamente, aquellas que pueden estar asentadas en condiciones sociales y económicas comparables, y aquellas que se entablan dentro de campos teóricos (Guillén 1985, 138). Con esta división, Guillén defendía la ‘comparabilidad’ de todo texto literario, independientemente de su contexto social, económico, político o cultural, lo cual no significa que no sea importante tener en cuenta estas variables (postura ésta que chocaría completamente con la de Culler). La comparabilidad de todo texto es, evidentemente, el principio fundamental de la literatura comparada, al menos en los términos en los que la expone Susan Bassnett, que nos proporciona una definición de la disciplina lo suficientemente amplia como para ser debatida: “el estudio de textos a través de diferentes culturas, que abarca un ámbito interdisciplinario y que tiene que ver con modelos de conexión entre las literaturas a través del tiempo y del espacio” (1998, 87).

Esta definición puede no satisfacer a todo el mundo, pero ciertamente da cabida al panorama multicultural y pluralista con el que nos encontramos en la actualidad. Independientemente de que sea una nueva forma de colonialismo o asimilación de los textos literarios y culturales de otras etnias, lo cierto es que el interés por las literaturas no occidentales y no canónicas es cada día mayor. En este sentido, ya en 1988 Wlad Godzich analizaba el papel de las “literaturas emergentes” en la literatura comparada. Godzich citaba el ejemplo de Naipaul, un escritor cuyas primeras novelas pertenecerían a la etapa emergente, mientras las últimas formarían ya parte de la tradición literaria más canónica. Para este crítico, la obra de Naipaul era un ejemplo de asimilación; prueba de ello es que recibió hace poco el premio Nobel, como lo recibieron también Toni Morrison y J.M. Coetzee.

La pregunta clave sería por tanto: ¿tiene valor la literatura comparada hoy en día o ha dejado paso a los estudios postcoloniales? Emily Apter parece opinar que los tiempos felices de la literatura comparada han pasado, pues el espacio dedicado a aquélla ha sido ocupado por el de los estudios postcoloniales. Dice Apter:

Translating the discursive maneuvers of unhappy consciousness characteristic of postwar criticism into a politicized, multicultural critical idiom, postcolonialism is in many respects truer to the foundational tendencies and approaches (including biography, influence study, national literary history, formalism, rhetorical analysis). With its interrogation of cultural subjectivity and attention to the tenuous bonds between identity and national language, postcolonialism quite naturally inherits the mantle of comparative literature’s historical legacy. (1995, 86)

El ensayo de Apter compara a los primeros comparatistas, Spitzer, Auerback, Wellek, o Kayes, con los actuales nombres importantes de la disciplina: Spivak, Said, Bhabha, o Rey Chow y concluye que la literatura comparada ha estado y sigue estando anclada en una conciencia del exilio. Desde luego, la literatura escrita desde el exilio es un material fundamental de estudio para los comparatistas, como así lo demuestran los estudios sobre la literatura del exilio judío en Estados Unidos, o París como *locus* de encuentro de (auto) exiliados ilustres como Joyce, Beckett, Hemingway, o Fitzgerald a principios de siglo XX, el exilio cubano en Estados Unidos, y otros casos similares. Podríamos decir que la literatura del exilio ocupa una parte importante de los estudios comparados, pero es sólo una parte. Además, es comprensible que Kadir le reproche a Apter su comparación de unos exilios en los que la vida dependía literalmente de la huida y el trauma de la guerra, como es el caso de Spitzer o Auerbach, con el exilio, a menudo voluntario, de teóricos como Spivak o Bhabha. Aunque es evidente que, en la mayoría de los casos, el estudio de la literatura comparada parte de una experiencia personal multilingüística y multicultural.

Es innegable que a pesar de que la disciplina ha sufrido notables cambios, desde los estudios filológicos tradicionales de los ‘padres fundadores’, exiliados forzosos por los motivos antes mencionados, hasta la actual situación de preeminencia de los estudios postcoloniales y culturales, el objetivo siempre ha sido tener un conocimiento lo más global posible. Esta globalidad, que antes se entendía como el canon occidental, se ha convertido ahora en una globalidad no tanto estética como ideológica, por la cual se aceptan como objeto de estudio de los comparatistas no sólo las relaciones entre textos de diferentes naciones de variado origen cultural, sino también las relaciones de textos literarios con el cine, las artes plásticas, la arquitectura, etc. La relación de la literatura comparada con los estudios culturales y el papel de la teoría literaria es, como dije antes, uno de los problemas principales con que nos encontramos y que se debate en el volumen de Bernheimer. Culler avisa del peligro de que si la literatura comparada se abre a otros campos se convertirá una disciplina de “overwhelming scope” (1995, 119) y Peter Brooks, quizás más contundente aún, señala que la inserción de los estudios culturales dentro del marco de estudio de la literatura comparada sería “borderline suicidal”, pues sólo se conseguiría crear “amateur social history, amateur sociology and personal ideology” (1995, 100). Por otra parte, K. Anthony Appiah piensa que la teoría puede ser una herramienta útil en los estudios de literatura comparada, pero no debe ser su objetivo final, es decir, lo que defina la disciplina (1995, 53). La situación es sin duda compleja, aunque algunos (Lionnett, Pratt, Hutcheon) ven en esta complicación un aliciente para la vitalidad del campo, mientras que otros lo encuentran como un signo de debilidad (Culler, Brooks, Riffaterre).

Teniendo en cuenta, sin embargo, que la postmodernidad se caracteriza precisamente por ser una época en la que, como afirmó Lyotard, las ‘grandes narrativas’ se miran con desconfianza, y el interés se desplaza hacia las *petites histoires*, entonces, se entiende que el concepto de ‘Literatura’ como discurso monolítico haya desaparecido. No es que los estudios culturales o las literaturas no-canónicas hayan ocupado el lugar de la literatura canónica, sino que se ha producido una hibridación, que para Homi Bhabha significa el encuentro del centro con las periferias. Para Bhabha, esta situación es producto de la sociedad postmoderna, en la que se disuelven las fronteras para dar cabida a “a range of other dissonant, even dissident histories and voices” (1994, 4-5).

La apertura intercultural es, en mi opinión, un paso no sólo positivo, sino inevitable si la literatura comparada quiere seguir existiendo como disciplina. Y, a pesar de que existen problemas fundamentales a la hora de abordar textos de distintas

culturas, el hecho de que el género ‘novela’, por ejemplo, no se corresponda exactamente al japonés *monogatari* (una prosa narrativa de estructura completamente distinta a la occidental), como nos decía Earl Miner (1990), no significa que no se pueda acometer su estudio con relación a otros textos. Miner propone una tipología que es una de las bases sobre las que se sustenta el artículo de Gérard Gillespie, “¿Rinoceronte, unicornio o quimera?: Visión polisistémica de una posible tipología de la literatura comparada en el próximo siglo”. Se esté o no de acuerdo con la idea de establecer una tipología para el estudio de la literatura comparada y/o con la idea del polisistema de Itamar Even-Zohar, que también se menciona, el propósito final del ensayo de Gillespie es irreprochable, pues se busca una solución práctica a la hora de abordar un análisis teórico cuando llegada la hora, “el dominio de un único modelo crítico restrictivo dé paso a que se comparta mejor la información de distintas experiencias culturales. El reto es grande: para lograrlo se requiere algo más que vacuos castillos de fraseología escolástica procedente de las arraigadas creencias de la propia cultura nativa” (1998, 174). En su análisis, Gillespie nos ofrece unas metáforas bastante iluminadoras: las del unicornio, el rinoceronte y la quimera. El canon ideal es el unicornio perfecto; el rinoceronte la torpe realidad, el contexto; la quimera se produce cuando los filósofos culturales intentan unir todos los fenómenos en una doctrina única que lo explique todo. El proyecto más atractivo para Gillespie es convertir a las atractivas quimeras y a los seductores unicornios en rinocerontes. Para ello,

el corpus de conocimiento acumulado que surge a partir de los estudios contrastivos puede convertirse en una herramienta para examinar el funcionamiento de cualquier polisistema en cualquier lugar del mundo, tanto en lo que concierne a sus rasgos locales, como a las relaciones simbólicas que existen o han existido con polisistemas internos, contiguos o más remotos. (1998, 176-177)

Quizás no sea la de Gillespie la única solución a la hora de abordar los estudios de literatura comparada en este siglo que ahora iniciamos, pero ciertamente el reconocimiento de la pluralidad de sistemas que implica el prefijo poli- está muy en consonancia con la cita de Kadir que daba título a este ensayo. Cualquiera que sea el animal fabuloso o real que represente a la literatura comparada, sea unicornio, rinoceronte o quimera, resulta en mi opinión fundamental que la especie no esté en peligro de extinción. La profusión de estudios sobre su hábitat, sus usos y sus perspectivas de futuro parecen demostrar que nunca la literatura comparada ha estado más saludable. Y si bien afirmé antes que el replanteamiento constante de la actividad a la que nos dedicamos puede llegar a ser una empresa estéril, quisiera añadir ahora que tampoco sería deseable una definición estricta de la misma, ni un planteamiento monolítico del objeto de estudio y de su metodología. Ello sería, en mi opinión, contrario al espíritu de la literatura comparada, ya que gran parte de su atractivo reside precisamente en su capacidad de adaptación. Por ello, comparto la idea de Paulo de Medeiros de que la literatura postcolonial nos ofrece, al mismo tiempo, más y menos que los estudios comparados (1997, 168-169). Y yo también añadiría los estudios de género, culturales o la teoría literaria: más porque sus objetivos son más concretos y definidos; menos porque se ignora cualquier otro aspecto. El gran potencial de la literatura comparada reside en ofrecer un campo en el que todos estos enfoques tengan cabida, sin que deba por ello primar ninguno. Y siempre que el estudio se haga con seriedad y solvencia, todos los cambios y aperturas deben ser bienvenidos, pues es la evolución natural del mundo y de la propia disciplina.

NOTES

¹ Estas palabras pertenecen a “Globalization and the Comparative Predicament”, comunicación sin publicar presentada en el congreso de la Asociación Americana de Literatura Comparada en San Juan de Puerto Rico, 11-14 de abril, 2002.

OBRAS CITADAS

- Appiah, K. Anthony 1995: “Geist Stories”. *Comparative Literature in the Age of Multiculturalism*. Ed. Charles Bernheimer. Baltimore: Johns Hopkins UP. 51-57.
- Apter, Emily 1995: “Comparative Exile: Competing Margins in the History of Comparative Literature”. *Comparative Literature in the Age of Multiculturalism*. Ed. Charles Bernheimer. Baltimore: Johns Hopkins UP. 86-96.
- Bassnett, Susan 1998: “¿Qué significa la literatura comparada hoy?”. *Orientaciones en literatura comparada*. Ed. Dolores Romero. Madrid: Arco. 87-101.
- Bernheimer, Charles. ed. 1995: *Comparative Literature in the Age of Multiculturalism*. Baltimore: Johns Hopkins UP.
- Bhabha, Homi 1994: *The Location of Culture*. London: Routledge.
- Brooks, Peter 1995: “Must We Apologize?”. *Comparative Literature in the Age of Multiculturalism*. Ed. Charles Bernheimer. Baltimore: Johns Hopkins UP. 97-106.
- Culler, Jonathan 1995: “Comparability”. *World Literature Today* 69.2: 268-270.
- Even-Zohar, Itamar 1990: “Polysystem Studies”. *Poetics Today* 11.1(Spring): 229-232.
- Fox-Genovese, Elizabeth 1995: “Between Elitism and Populism: Whither Comparative Literature?”. *Comparative Literature in the Age of Multiculturalism*. Ed. Charles Bernheimer. Baltimore: Johns Hopkins UP. 134-142.
- Gillespie, Gérard 1998: “¿Rinoceronte, unicornio o quimera?: Visión polisistémica de una posible tipología de la literatura comparada en el próximo siglo”. *Orientaciones en literatura comparada*. Ed. Dolores Romero. Madrid: Arco. 173-186.
- Gnisci, Armando. ed. 2002: *Introducción a la literatura comparada*. Barcelona: Crítica.
- Godzich, Wlad 1995 (1988): “Emergent Literature and Comparative Literature”. *The Comparative Perspective on Literature*. Eds. Clayton Koelb y Susan Noakes. Ithaca: Cornell UP. 18-36.
- Guillén, Claudio 1985: *Entre lo uno y lo diverso: Introducción a la literatura comparada*. Barcelona: Crítica.
- Habermas, Jürgen 1994: “Struggles for Recognition in the Democratic Constitutional State”. *Multiculturalism*. Eds. Amy Gutmann y Charles Taylor. Princeton: Princeton UP. 107-148.
- Hutcheon, Linda 1995: “Productive Comparative Angst: Comparative Literature in the Age of Multiculturalism”. *World Literature Today* 69.2: 299-303.
- Kadir, Djelal 1995: “Comparative Literature Hinternational”. *World Literature Today* 69.2: 245-248.
- . 2001: “Comparative Literature, the Transnational, and the Global”. *Neohelicon* XXVIII.1: 25-30.

- . 2002: “Globalization and the Comparative Predicament”. Comunicación sin publicar presentada en el congreso de la Asociación Americana de Literatura Comparada en San Juan de Puerto Rico, 11-14 de abril.
- Komar, Kathleen L. 1995: “The State of Comparative Literature: Theory and Practice 1994”. *World Literature Today* 69.2: 287-292.
- Kushner, Eva 1998: “¿Hacia una tipología de los estudios de literatura comparada?”. *Orientaciones en literatura comparada*. Ed. Dolores Romero. Madrid: Arco. 187-198.
- Medeiros, Paulo de 1996: “Comparative Literature in the Age of Multiculturalism”. *College Literature* 23.3 (October): 190-193.
- . 1997: “Discipline Control: Comparative Literature at the Turn of the Millennium”. *Letras en el espejo: Ensayos de literatura americana comparada*. León: U de León. 155-178.
- Miner, Earl 1990: *Comparative Poetics: An Intercultural Essay on Theories of Literature*. Princeton: Princeton UP.
- Pratt, Mary Louise 1995: “Comparative Literature and Global Citizenship”. *Comparative Literature in the Age of Multiculturalism*. Ed. Charles Bernheimer. Baltimore: Johns Hopkins UP. 58-65.
- Romero López, Dolores. ed. 1998: *Orientaciones en literatura comparada*. Madrid: Arco.
- Siebers, Tobin 1995: “Sincerely Yours”. *Comparative Literature in the Age of Multiculturalism*. Ed. Charles Bernheimer. Baltimore: Johns Hopkins UP. 196-203.
-